

XLIX

La bailarina y el coronel

(DE «EL HOMBRE QUE TUVO UNA IDEA»)

El telón se levanta.

Después de unos minutos:

EL CORONEL — *(para sí)*. ¡Dios! ¡Nunca he visto mujer más hermosa en mi vida! ¿Cómo es posible que un ser humano llegue a tanta perfección? *(Mira insistentemente)*. Lo que soy yo no me pierdo una sola noche más. ¡Y no sospechaba siquiera la existencia de este prodigio! *(En su interior algo ardiente surge y lo va colmando por completo. Hasta hace poco su persona le interesaba exclusivamente, pero no su persona ante él sino ante los demás. Se puso el uniforme nuevo, se arregló bien, se admiró ante un gran espejo de tres lunas y tuvo la satisfacción de pensar en el gran placer que experimentarían los demás, especialmente las demás, al verlo)*. ¡Dios!: ¡qué hermosa! *(Nunca ha mirado tan detenida y hondamente a una mujer. Poco a poco ha ido perdiendo de vista todo, hasta ese público que puede estarlo mirando, y cuyo juicio es una de las poquísimas preocupaciones de su vida. Ya no es más que dos ojos extasiados y fijos, unidos por dos pequeñas fibras al cerebro en el que no cabe más que una imagen luminosa e inquieta que viene y va sobre las rosadas alas de los pies como suspendida del techo por finísimos hilos invisibles)*.

Termina el espectáculo. El coronel no aplaude, pero se ha levantado y ahí está erguido, rígido como cuando en las grandes ocasiones pasa ante él su general. Sus proporciones y su esbeltez son perfectas y sobre la roja cortina del palco se recorta como un ídolo inmóvil.

Ella, la bailarina, sale de nuevo al escenario, esta vez no a bailar sino a hacer su acostumbrada cosecha de aplausos. Viene sonriente, apretando contra su pecho un lindo ramo con que acaban de obsequiarla y que parece que fuera de aplausos que se hubieran convertido en flores. Se adelanta hasta las candilejas, y con los ojos llenos de luz y los lindos labios son-

rientes se inclina, lleva la pequeña mano a la boca y lanza pequeños besos al público entusiasta. En eso, sin querer, mira, y su mirada se cruza con la del coronel que se destaca en su palco como un santo en el altar. ¡Qué guapo es! Un deslumbramiento mútuo, una nueva sonrisa, esta vez bien dirigida, y cae de nuevo el telón. La tempestad de aplausos se acalla. Las luces comienzan a apagarse. El coronel abstraído, se mezcla a la muchedumbre que abandona el teatro. Va ausente y lento. Se ha hecho el firme propósito de volver al día siguiente y desde ya se impacienta pensando que van a transcurrir tantas horas sin verla.

Ella sale poco después, bien arrebujaada en su gran piel, pues las noches son un poco frías aún. Disimuladamente mira para ver si alguien la aguarda a su paso. Pero nadie hay. Toma un automóvil, y mientras éste rueda por las calles silenciosas y adormecidas, ella piensa también: —¿lo veré mañana?



Otra noche idéntica a la descrita. Pero cuando la bailarina sale a dar sus primeros pasos “siente” la presencia de él en su palco, todo éxtasis. Ella baila insuperablemente esa noche. Su público maravillado no sabe a qué atribuirlo y la envuelve continuamente en el cálido incienso de su aprobación. Se ha puesto sus trajes más sugestivos, y sus brazos y sus piernas se agitan en rítmicas oscilaciones haciendo armoniosos dibujos en el aire. Todos los ojos aspiran aquella visión dúctil que hay momentos que parece desvanecerse en la luz, como disuelta en ella. La mirada del coronel está atada a aquel cuerpo del que se desprenden las serpientes de los brazos y de las piernas, que lo limitan, lo ensanchan, lo coronan, que parecen desprenderse, que vuelven a él como llamas claras de una hoguera inextinguible que llenan todo el ambiente con su emanación perfumada. Sobre la alfombra sus piés no hacen más ruido que un rayo de luz que hubiera caído en ella.

El coronel contempla, bebe, aspira, se impregna. De pronto se estremece entero, un fino calambre lo atraviesa imper-

ceptiblemente de arriba abajo como un sacudimiento eléctrico. Dos pupilas fosforescentes se han clavado varias veces en las suyas. A cada vuelta del cuerpo loco que vuela llega hasta él un resplandor azul magnético que lo sacude hasta el fondo de su ser. ¿Será posible? He ahí lo que nunca había pensado ni prevenido. Está allí como otro espectador cualquiera, esclavo de aquella maga vibrante que estalla en ritmos de rosa sobre la tela oscura en que muere el escenario. Pero ya es algo más que eso, alguien más. Un efluvio enceguedor lo envuelve como una pérfida espiral. La bailarina entera se ha convertido ahora en dos ojos inmensos, en dos focos aterciopelados en que arde un gran fuego negro y azul que despide reflejos irresistibles. Una tibieza pesada y molesta, como la de las pesadillas, lo ahoga y lo inmoviliza en posturas violentas como a un fakir abstraído por visiones supratereñas. De pronto un deseo irrefrenable lo desborda. El telón ha caído ya como un párpado y él todavía se revuelve en su sillón, irresoluto. Después logra llegar al pasillo, ahogado, indeciso, tembloroso. Otra vez vuelve a entrar en su palco a pesar de que sabe bien que el espectáculo no se repetirá hasta la noche siguiente. ¿Qué hacer? Aislado de todo aquel mundo que vibra a su alrededor como si estuviera en el más desolado de los páramos, reflexiona largamente. A continuación, decidido, saca nerviosamente una tarjeta con su nombre, escribe unas palabras con su estilográfica de oro y llama a la puerta del escenario. Le abren y averigua el camarín de la artista. Sale a recibirlo una viejecilla insignificante y almibarada que recibe el mensaje pidiéndole que aguarde. El coronel se pasea a grandes pasos nerviosos con la vista clavada en el suelo, monologando en voz alta, indiferente a todo lo que lo rodea. Al rato reaparece la viejecilla le entrega un sobre azul cerrado y le da las buenas noches. El coronel dejando caer unas monedas en la mano abierta, se aleja presuroso, como no sabiendo lo que hace. Sale a la calle y allí mismo, debajo del primer farol, rompe el sobre, del que se desprende una fragancia muy suave, y lee:

“Señor: yo también desearía verlo, pero fuera del teatro. Todavía soy un poco romántica. El martes a las tres de la tarde iré al Prado, que es uno de mis paseos preferidos. Espéreme

sentado en uno de los bancos que hay alrededor de la fuente frente al hotel. Vaya vestido con traje civil. Es un servicio que le pido y que espero cumplirá”.

Loco de alegría lee y vuelve a releer muchas veces la pequeña esquela testigo de su ventura. No sabe qué hacer. Vaga durante un tiempo por las calles solitarias alargando por las veredas su sombra que se disputan las luces de los faroles. Al fin llega a su habitación y sin destender la cama, semi vestido, se tira en ella no a soñar sino a ensoñar. Enciende un puro, llena un vaso de whisky y se deja llevar por la nave sobre el blando elemento.

*
* *

Como pocas veces, ella está inquieta. Son las dos de la tarde. Acaba de hacer su rápido almuerzo y ahí está, indecisa, frente a la gran lámina del espejo que duplica su belleza. Se contempla y se encuentra pálida y ojerosa. —No estoy mal, se confiesa sin voz. Y después: —¿Cómo le gustaré? Y busca con la memoria algún traje de calle que le siente bien pero sin detonar, sin que llame la atención. En el escenario le gusta brillar, deslumbrar como una gran flor de luz, pero en la calle y en el paseo prefiere pasar desapercibida, y más aún en esta ocasión. Al fin después de mucho reflexionar se decide por un simplísimo traje “tailleur” gris oscuro que le cierra como si fuera un guante; cúbrese la cabeza con un gorriño del mismo color y sumerge el cuello dentro de un zorro también gris que le envuelve en su tibia y suave presión. Poquísimo “rouge” a las mejillas y a los labios; apenas un toque de “rimmel” a las pestañas; nada de ojeras. Cuando está completa vuelve a mirarse:

—Así estoy bien, aprueba satisfecha mientras se abotona los finos guantes. Una vuelta entera frente al espejo acompañada de una mirada experta y después, segura de sí misma, de que nada le falta, de que todo está en orden, sale a pasos lentos como una diosa hacia la lujosa “limousine” que la espera echada a la puerta.

Hace una hora que el coronel está ante su espejo. Pancho

el asistente, aterrorizado vigila todos los movimientos de su amo, al cual no ha visto nunca de tan mal humor, tratando de adivinar sus menores deseos. Se ha puesto como diez veces los pantalones después de hacerlos planchar otras tantas. Las cintas de los tiradores han subido y bajado cien veces antes de detenerse definitivamente. Veinte cuellos hay esparcidos por el suelo, en el que reina la misma confusión que en toda la pieza. Parece que por allí hubiera pasado Atila con sus hunos. Todas las corbatas disponibles una después de otra, han sido probadas, anudadas, desanudadas, vueltas a anudar. El chaleco y el saco han sufrido parecidas pruebas. Hace una hora que el coronel va, viene, se para, camina, gira, salta, se sienta, vuelve a pararse. Decididamente el capricho de la artista lo ha desorientado por completo. Si pudiera ir con el uniforme, ¡pero en civil como otro cualquiera! Las más violentas blasfemias de su explosivo repertorio de cuartel se quiebran como aves alocadas en las paredes de la habitación. Al fin, después de lanzar varias miradas inquisitoriales y angustiadas a las manecillas inexorables del reloj, se conforma como está, pues de otro modo se expone a no llegar a la hora a la cita. Y lanzando el último y el más expresivo juramento de su vasto repertorio que envuelve como un trueno al asistente petrificado, sale llevándose todo por delante y detiene al primer taxi que le sale al encuentro como a provocarlo.

*

* *

Es un poco más de las tres de la tarde. Día de Otoño, espléndido, claro, fresco. Algunos árboles empiezan a perder la lozanía de las hojas verdes de que se ufanaban y se van ennoblecendo con ese oro opaco que es el encanecer de las hojas. Los grandes árboles están silenciosos e inmóviles como en los cuadros impresionistas, conscientes, seguramente, de su misión estética y edilicia. Se dejan acariciar voluptuosamente por el sol que los viste con grandes pinceladas de luz y parecen ponerse en puntas de pie ahuecando más el abrazo cordial que se dan por encima de las sendas de balastro. En redor de la gran fuente decorativa que canta con todos sus chorros de cristal,

frente al Hotel, todo es paz, reposo, transparencia. En uno de los bancos que la rodean está sentado un hombre cuyos ojos giran nerviosa y continuamente hacia todos los caminos, atormentados de espera. Al fin, de un automóvil que se detiene discretamente a lo lejos, desciende una mujer vestida con un traje simple y obscuro y con la cabeza casi oculta en una piel de zorro. ¿Será ella? El hombre, ansiosamente, la mira cómo se acerca con lentitud, sin apresuramiento. Ella también lo mira con detención aunque con disimulo, como dudosa de que eso sea lo que busca. Pasa ella frente a él sin detenerse, sin que él la detenga.

EL CORONEL, (*para sí*): No; no es ésta; ella es mucho más elegante, más esbelta, más rítmica, más bella.

LA BAILARINA, (*para sí*): El coronel me ha engañado. ¿Quién será ese tipo tan poco atrayente que ha ocupado su lugar en ese banco?

Alberto Lasplaces.
